

Los arquitectos son profesionales sin formación pedagógica, por lo que su labor docente se desarrolla principalmente desde la intuición, situación que los deja abandonados a su propia capacidad creativa, comunicativa, empática e incluso psicológica. Un buen arquitecto no tiene por qué ser buen docente. Las Escuelas de Arquitectura deben velar no sólo por la calidad profesional de sus docentes, sino también, por una eficaz guía en los procesos de enseñanza-aprendizaje de sus alumnos.

Dado el enorme aumento de las escuelas de arquitectura en nuestro país y la abultada tasa de egresados de ellas, nos parece central preguntarnos sobre la calidad de la enseñanza de la disciplina y los mecanismos por los cuales la llevamos a cabo.

Hans Fox desgana minuciosamente el proceso creativo de diseño del estudiante (y del arquitecto), analizando paso a paso el desarrollo de un proyecto de arquitectura para advertirnos dónde debemos poner atención y no desviar el rumbo de esta incierta empresa.

Eric Arentsen parte de la práctica, tomando estudiantes de su Taller como grupo de estudio y analizando sus modos de aprendizaje, situación que lo lleva a revalorar la clásica lámina de Taller como elemento clave de la integración del conocimiento.

Humberto Eliash por su parte, desde la mirada informada y global que le otorga su condición de evaluador nacional de carreras de arquitectura, hace una descarnada y constructiva crítica a la sociedad y a la enseñanza de la arquitectura en Chile, dejando importantes temas sobre el tapete.

Presentamos también tres obras de arquitectura, colegios en el sur de Chile, donde lo sustentable se muestra tanto en el equilibrado proyecto de los espacios, como en el cuidado diseño bioclimático que ilustramos en claros detalles constructivos.

A través de tres análisis sobre docencia en arquitectura y tres obras de espacios educativos, este número pone en perspectiva el vínculo educación-arquitectura, esperando ser un aporte a la discusión de este tema.